

anhelos. ¿Podía la triunfante República adueñarse de esas fuerzas? Era el problema que tenía enfrente el gobierno que surgió de nuestra segunda Independencia.

A fines de 1867, el admirable presidente Juárez daba á conocer el programa económico-financiero que debía servir de basamento al desarrollo de la reconstituida República: «El Gobierno ha otorgado la protección y las concesiones posibles á empresas que pueden ser de grande utilidad para el comercio, la industria y los demás ramos de la administración. Además de dictar las disposiciones oportunas para regularizar la administración de la hacienda pública y para liquidar y reconocer los créditos legítimos, se han procurado todas las economías compatibles con el buen servicio y se ha observado como regla invariable no dar lugar al antiguo sistema de negocios, que ha sido la causa más eficaz del descrédito y de la ruina del erario.» (Mensaje del C. presidente Benito Juárez al Congreso de la Unión, Diciembre de 1867.)

Escrito estaba que, en tanto que no se modificaran las premisas, no llegarían á cambiarse las conclusiones del terrible silogismo en que estaba circunscrita la evolución nacional. Sobre todas las aspiraciones y sobre todos los anhelos continuó flotando la sombra del problema hacendario, siniestro, sin apelación, inalterable. Don Matías Romero, con su franqueza característica, expone sencillamente los datos en su nutrida Memoria de 1870: en 1868-69, el *déficit* teórico ascendía á 7.899.000 sobre 15.931.000 de ingresos; la muerte sorprendió al Benemérito cuando la administración que presidía iba á entrar en la peligrosa pendiente que llevaba al abismo. Como heraldos de la tormenta se hacían sentir preludios de nuevos anhelos, esbozos de vagas esperanzas, ráfagas de una inmensa necesidad, sin nombre preciso, sin fórmula concreta: era el deseo de afirmar en hechos positivos para todos los grupos sociales la realización de una felicidad que no llegaba nunca.

Después de cincuenta años de conmociones estériles, los grupos constitutivos de la nación reclamaban algo más sólido que palabras elocuentes y promesas frustráneas. La retórica había acabado por enfermar á los espíritus de incurable pesimismo; la frase tradicional: *No tenemos remedio*, parecía condenar al país á su doloroso destino. Como comentario de cada nueva desdicha se repetía invariablemente á los ciudadanos: «Sois muy ricos,» y la miseria seguía rondando á las puertas de todos los hogares.

La República había vivido solitaria, herméticamente cerrada. ¿Era un camino? Lo creían así los hombres que hasta entonces tuvieron en sus manos la dirección de las fuerzas económicas. Más allá de los límites que marcaban la finalidad de la patria, sólo existían la agresión y el despojo. ¿En dónde estaban, empero, los grandes motores de la industria? Los capitales extranjeros esperaban garantías, solidaridades. Pero el capital extranjero era un expoliador de nuestra riqueza. Lo decían oradores y poetas, políticos y publicistas; forzoso era creerlos.

El balance aparecía desolador. La gran industria arraigada, la más seria, después de la minería, la preferida, seguía inmóvil. En 1876 (Cuadros estadísticos insertos en las «Lecciones Elementales de Economía política,» de G. Prieto) existían en el país *cuarenta y siete* fábricas de hilados y tejidos de algodón; es decir, diez menos que en 1843. El número de piezas lanzadas al consumo nacional seguía siendo de *setecientas mil*; los husos en actividad, 119.278 (en 1843, lo hemos visto, eran 125.362); jornales \$ 24.000 semanarios; en 1843, \$ 27.000. Era el resultado de la política de aislamiento, de la nacional, de la patriótica, según lo proclamaban los grupos directores.

Y como el rumor de un mar agitado, se escuchaba el eco de un gran clamor nacional dejando oír las estrofas de su larga, irremediable y dolorosa tragedia.

CAPÍTULO V

SITUACIÓN Y PORVENIR DE LA INDUSTRIA MEXICANA

LA RIQUEZA EN FUNCIÓN DEL TIEMPO. ELEMENTOS FAVORABLES Á LA EVOLUCIÓN INDUSTRIAL:
LOS FERROCARRILES; LA NUEVA EDUCACIÓN,
GESTIÓN ADMINISTRATIVA; LA HACIENDA PÚBLICA; LA BAJA DE LA PLATA.
SITUACIÓN DE LA INDUSTRIA MEXICANA. PORVENIR DE LA INDUSTRIA NACIONAL. CONCLUSIONES

EN cuatrocientos años, la agrupación mexicana ha andado el camino de más de veinte siglos, recorrido por las rudimentarias agregaciones europeas para llegar al período industrial moderno.

A través de las grandes corrientes de la evolución económica nacional, se descubren todavía vitales problemas por resolver: el de la raza indígena, que permanece en su vieja actitud hierática, impenetrable y muda, aislada, por el hábito y por la abulia, del desenvolvimiento general; el de la alimentación, enlazado con ingentes necesidades agrícolas, el regadío y el perfeccionamiento de los cultivos; pero las fuerzas impulsoras, unificadas ya, engranadas, marcan una etapa de progreso en las condiciones de nuestra dinámica social.

Para alcanzar los resultados que señala este libro en su diversidad de manifestaciones, ha sido indispensable una ruda lucha contra los impedimentos físicos, una prolongada serie de rectificaciones y de enmiendas, que han dado como final ineludible la adaptación de los elementos naturales á la vida nacional completa y homogénea. En la tarea, la solución de un conflicto ha traído consigo las soluciones de otros, y al despejar una incógnita se ha descubierto la posibilidad de encontrar el valor de las que aún restaban.

La evolución nacional en este postrer período de la historia de México, es una consecuencia ineludible de todos los esfuerzos realizados en pro de la solidaridad expansiva de intereses: abolición del impenetrable aislamiento patrio; facilidades creadas en el aparato distribuidor económico.

Precisa examinar el enlace y dirección de los hechos.

La industria y los ferrocarriles.—La industria prima de las industrias nacionales, actualmente desenvueltas, ha sido la ferrocarrilera.

Al abrirse las vías de comunicación, se rectificaron las leyes del medio, se desterraron los tradicionales estorbos á la expansión y al consumo. Ya había un lazo de unión y de solidaridad en la invariable sucesión de comarcas aisladas. La producción encontró derroteros que seguir, mercados que abastecer. En torno del foco de labor no se extendía ya el desierto, no se alzaba ya el despojo: el trabajo nacional había roto sus cadenas; el primer obstáculo, la extensión territorial, había sido eliminado.

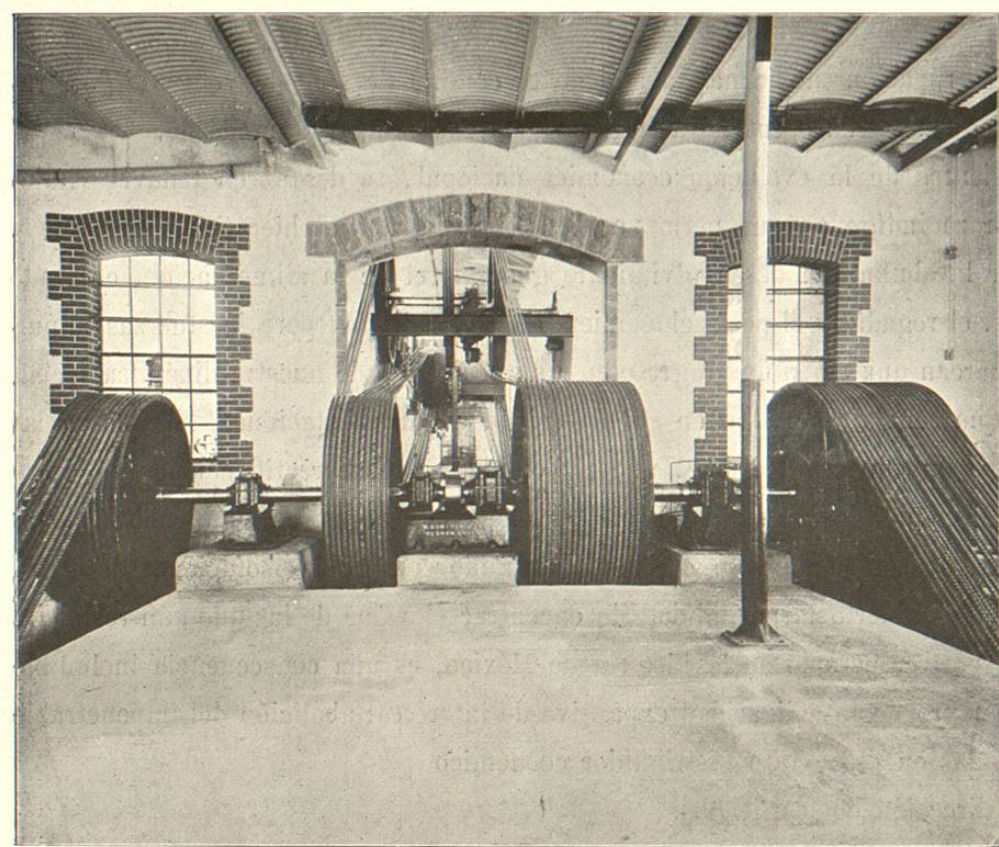
Cierto, la obra ferrocarrilera ha reclamado sacrificios rudos; la configuración del suelo acrecienta los gastos de construcción y los de explotación; se han unido los extremos de líneas que se prolongan solitariamente á través de porciones inhabitadas de tierra, y el último consumidor es el que soporta necesariamente estos gastos. La naturaleza nos protege contra la competencia industrial extranjera, pero al mismo tiempo nos impide, cualquiera que sea el progreso de nuestras industrias propias, con excepción de la minería y de la elaboración de materias de fácil producción (el tabaco, actualmente, el henequén, sin duda más tarde, entre otras), que acudamos al extranjero á tomar parte en la competencia. El producto nacional lleva en su precio el recargo impuesto por la naturaleza.

La minería es también otra industria prima; de este tronco se esparcen profusamente los ramajes de las metalúrgicas, que sí han transpuesto el horizonte de la demanda interior y á las que el ferrocarril ha favorecido por extraordinario modo. Hacia la frontera Norte de la República, á inmediaciones de los ca-

minos que nos ponen en contacto con los mercados de la Unión Americana, se ha implantado, lo anotamos en otro capítulo de este estudio, una tarea nueva que ha arrojado profundas raíces en el suelo mexicano: la fundición de metales. Es obra de una torpeza del proteccionismo americano; pero obra también de las facilidades ferrocarrileras, que permiten extraer un producto que no tiene total é inmediato consumo en el país.

Los ferrocarriles han prestado á la industria nacional otro importante servicio: la han libertado de la competencia ilegal, constituyendo centros de vigilancia, lugares de estrategia fiscal, apropiados á la extinción del contrabando. Por otra parte, la mercancía importada fraudulentamente lleva en su internación furtiva el recargo de un flete mayor que el del camino de hierro, y la lucha económica, lo mismo que la fiscal, es perfectamente desventajosa.

Más ha hecho todavía el camino de hierro: ha dado acceso á la maquinaria moderna. Si, como dato sugestivo, quisiéramos formarnos una idea de la tarea ferrocarrilera, en el orden de ideas que nos ocupa, nos



Fábrica de Metepec. — Transmisión de fuerza de las turbinas

bastaría recoger el volumen total del material de instalaciones industriales transportado en estos postreros años. Acudiríamos entonces á las estadísticas de nuestro comercio exterior y tomaríamos nota del enorme volumen de maquinaria importada en el país durante estos últimos años, con destino á la labor industrial.

Jamás se habría incorporado este material á la industria mexicana, sin enormes gastos, que acaso la potencia de adquisición del país no hubiese llegado á compensar. Recuérdese lo que queda dicho acerca de la crisis que sobrevino á las primeras tentativas que siguieron á la creación y

funcionamiento del «Banco de Avío.» El ejemplo citado del costo del transporte de maquinaria de la fábrica de papel «La Constancia,» es característico.

Los caminos de hierro han sido los porta-estandartes de nuestra evolución económica. Lo han sido asimismo de la política. Abrieron la puerta á las mercancías y las abrieron también á las ideas. Producción, legislación, sentimientos, contaban ya con caminos por donde esparcirse; por la red arterial iba á correr la sangre caliente del pensamiento y de la vida.

La nueva educación.—Gestión administrativa.—La nueva orientación de los grupos directores es el fruto de una educación basada en el sereno y reposado conocimiento de la verdad, en la disciplina de un método inflexible y severo, que venía,—lo ha dicho antes que nosotros uno de los más conspicuos colaboradores de esta obra, en ocasión solemne,—á ahuyentar las tinieblas de la anarquía intelectual y moral que había reinado en todos los espíritus.

¿Cuáles eran las bases de esta educación? Las ha dejado, mejor que nadie, esbozadas el insigne maestro que arrojó al surco las primeras simientes:

«Una educación en que ningún ramo importante de las ciencias naturales quede omitido; en que todos los fenómenos de la naturaleza, desde los más simples hasta los más complicados, se estudien y se anali-

TOMO SEGUNDO

INDUSTRIA

Negociación industrial de Río Blanco.
Departamento de hilados (Orizaba)